

Los trazos de la canción  
Bruce Chatwin



Para un aborigen australiano, su país es como una inmensa partitura musical: allí donde pisa puede cantar canciones inmemoriales que hacen surgir el paisaje, otorgan derechos territoriales, posibilitan el trueque simbólico y permiten expresar el alma del cantante. Los cantos, mitos y ceremonias de los arandas impresionan a Bruce Chatwin como un «laberinto de incontables corredores y pasajes, misteriosamente interconectados mediante un sistema que desconcierta por su complejidad».

Fascinado por estas prácticas, antiguas y poéticas, el escritor inglés descubrió durante su experiencia en Australia no sólo la naturaleza de los aborígenes, sino de los nómadas en general, y en este libro apunta conclusiones sobre la curiosidad que permanece insatisfecha en el hombre moderno.

Especie de manifiesto místico-exorcista en medio de un itinerario encantado, «Los trazos de la canción» es al mismo tiempo un libro de viajes, una novela y una colección de aforismos: un texto singular, tan mágico como el asunto del que se ocupa.

*Para Elizabeth*

## Uno

En Alice Springs —una cuadrícula de calles abrasadoras donde los hombres de largos calcetines blancos no paraban de montar en los Land Cruisers y desmontar de ellos— conocí a un ruso que estaba realizando una exploración cartográfica de los lugares sagrados de los aborígenes.

Se llamaba Arkadi Volchok. Era ciudadano australiano. Tenía treinta y tres años.

Su padre, Ivan Volchok, era un cosaco de una aldea próxima a Rostov del Don, quien, en 1942, había sido arrestado y embarcado, junto con otros *Ostarbeiter*, en un tren que los llevaría a trabajar en una fábrica de Alemania. Una noche, en algún lugar de Ucrania, saltó del vagón jaula y cayó en una plantación de girasoles. Los soldados de uniforme gris, lo buscaron de un extremo a otro de las hileras de girasoles, pero consiguió eludirlos. En algún otro lugar, mientras estaba perdido entre ejércitos sanguinarios, conoció a una muchacha de Kiev y se casó con ella. Juntos fueron a la deriva hasta un desmemoriado suburbio de Adelaida, donde montó un alambique para destilar vodka y engendró tres hijos robustos.

El menor de ellos era Arkadi.

En el temperamento de Arkadi no había nada que lo predispusiera a vivir en el ambiente circunspecto de los suburbios anglosajones ni a buscar un empleo convencional. Tenía facciones chatas y una sonrisa afable, y se desplazaba

por los espacios luminosos de Australia con la desenvoltura de sus antepasados trashumantes.

Su cabello era espeso y rígido, de color pajizo. El calor le había agrietado los labios. Éstos no eran retraídos como los de muchos australianos blancos de la llanura interior y tampoco se tragaba las palabras. Hacía rodar las «erres» con una pronunciación muy rusa. Sólo cuando uno lo veía desde cerca notaba que sus huesos eran muy grandes.

Se había casado, según me contó, y tenía una hija de seis años. Pero como prefería la soledad al caos doméstico, ya no vivía con su esposa. Poseía pocos bienes personales, si se exceptuaban un clavicordio y un anaquel con libros.

Era un caminante incansable y prefería andar por los montes. No se lo pensaba dos veces antes de emprender una marcha de ciento sesenta kilómetros a lo largo de la Cordillera, con una cantimplora y unos pocos víveres. Al fin retornaba a casa, de vuelta del calor y la luz, descorría las cortinas e interpretaba la música de Buxtehude y Bach en el clavicordio. Sus escalas ordenadas, decía, armonizaban con los contornos del paisaje de Australia Central.

Ninguno de los progenitores de Arkadi jamás había leído un libro en inglés. Él les dio la inmensa alegría de graduarse con calificaciones sobresalientes en historia y filosofía, en la Universidad de Adelaida. Y los dejó muy apenados cuando marchó a trabajar como maestro de escuela en un caserío aborigen del territorio walbiri, al norte de Alice Springs.

Le gustaban los aborígenes. Le gustaban su coraje y su tenacidad y la astucia que desplegaban en sus tratos con los blancos. Había aprendido, cabalmente o a medias, algunos de sus idiomas, y había quedado asombrado por su vigor intelectual, por las proezas de su memoria y por su capacidad y voluntad para sobrevivir. No eran, insistía, representantes de una raza moribunda, aunque de vez en cuando necesitaban ayuda para sacarse de encima al gobierno y las compañías mineras.

Fue durante su etapa como maestro de escuela cuando Arkadi descubrió la existencia del laberinto de senderos invisibles que discurren por toda Australia y que los europeos llaman «Huellas de Ensueño» o «Trazos de la Canción»; en tanto que los aborígenes los denominan «Pisadas de los Antepasados» o «Camino de la Ley».

Los mitos aborígenes de la Creación hablan de los seres totémicos legendarios que deambularon por el continente en el Tiempo del Ensueño, cantando el nombre de todo lo que se les cruzaba por delante —pájaros, animales, plantas, rocas, charcas— y dando vida al mundo con su canción.

La belleza de este concepto lo sedujo tanto que empezó a anotar todo lo que veía u oía, no para publicarlo sino para satisfacer su propia curiosidad. Al principio, los patriarcas walbiris desconfiaron de él, y contestaron sus preguntas con evasivas. Más adelante, cuando hubo ganado su confianza, lo invitaron a presenciar sus ceremonias más secretas y lo alentaron a aprender sus canciones.

Cierto año, un antropólogo de Canberra fue a estudiar los sistemas de tenencia de tierra de los walbiris. Era un académico envidioso que le guardaba rencor a Arkadi por su amistad con los hombres del canto, que le sonsacó información y se apresuró a traicionar un secreto que había prometido guardar. Disgustado por el consiguiente escándalo, el «ruso» dejó su empleo y partió al extranjero.

Visitó los templos budistas de Java, estuvo en compañía de santones en los muelles de Benarés, fumó hachís en Kabul y trabajó en un *kibutz*. En la Acrópolis de Atenas se encontró con una fina capa de nieve en polvo y con una única turista: una joven griega de Sidney.

Viajaron por Italia y durmieron juntos, y en París acordaron casarse.

Arkadi, que se había criado en un país donde no había «nada», siempre había anhelado ver los monumentos de la civilización occidental. Estaba enamorado. Era primavera.

Europa debería haber estado maravillosa. Para su mayor desencanto, lo dejó con una sensación de apatía.

En Australia había tenido que defender a menudo a los aborígenes de personas que los menospreciaban por considerarlos salvajes borrachos e incompetentes; sin embargo había momentos en que, en medio de la sordidez cagada por las moscas de un campamento walbiri, había sospechado que tal vez aquella gente tenía razón, y que su vocación por ayudar a los negros era una manifestación de autocomplacencia caprichosa o una pérdida de tiempo.

Ahora, en una Europa insensatamente materialista, sus «viejos» le parecían más sabios y lúcidos que nunca. Fue a una oficina de Qantas y compró dos billetes de regreso. Seis semanas más tarde se casó en Sidney, y llevó a su esposa a vivir a Alice Springs.

Ella le había dicho que anhelaba vivir en la región central. Cuando llegaron allí dijo que estaba encantada. Después de pasar un solo verano en una casa con techo de hojalata que se recalentaba como un horno, empezaron a distanciarse.

La Ley de Derechos Territoriales convertía a los «propietarios» aborígenes en titulares de sus tierras, siempre que estuvieran desocupadas, y la función que Arkadi inventó para sí fue la de interpretar la «ley tribal» adaptándola al lenguaje de la Ley de la Corona.

Nadie sabía mejor que él que los tiempos «idílicos» de la caza y la recolección habían terminado... si, en verdad, alguna vez habían sido tan idílicos. Lo que se podía hacer por los aborígenes era preservar su libertad más esencial: la libertad de seguir siendo pobres o, para expresarlo con mayor delicadeza, el espacio en el cual podrían ser pobres si deseaban serlo.

Ahora que Arkadi vivía solo, le gustaba pasar la mayor parte de su tiempo «en la sabana». Cuando estaba en la ciudad, trabajaba en el taller abandonado de un periódico, donde las bobinas de papel viejo aún atascaban las pren-

sas, y sus secuencias de fotos aéreas se habían desplegado, como un juego de dominó, sobre las desconchadas paredes blancas.

Una serie mostraba una franja de territorio de casi quinientos kilómetros que enfilaba aproximadamente hacia el norte. Ésta era la ruta sugerida para un nuevo ferrocarril que uniría Alice con Darwin.

La línea, me explicó, representaría el último tendido de vías férreas de gran extensión que se instalaría en Australia, y el ingeniero jefe, un experto en ferrocarriles de la vieja escuela, había anunciado que también debería ser el mejor.

El ingeniero se hallaba próximo a la edad de jubilación y se preocupaba por su reputación postuma. Estaba especialmente ansioso por evitar un escándalo como los que estallaban cada vez que una compañía minera metía su maquinaria en territorio aborigen. Por ello se había comprometido a no destruir ni uno de sus lugares sagrados y había pedido a sus representantes que le suministraran un estudio topográfico.

La tarea de Arkadi consistía en identificar a los «propietarios tradicionales»; trasladarlos a sus antiguos cotos de caza, aunque éstos pertenecieran ahora a una compañía ganadera, e inducirlos a revelar qué roca o estanque o eucalipto eran obra de un héroe del Tiempo del Ensueño.

Ya había confeccionado el mapa del tramo de doscientos cincuenta kilómetros comprendido entre Alice y Middle Bore Station. Le faltaba otro tanto.

—Le advertí al ingeniero que su comportamiento era un poco temerario —dijo—, pero él lo quería así.

—¿Por qué temerario?

—Bueno, si lo mira desde el punto de vista de ellos —comentó sonriendo— toda la maldita Australia es un lugar sagrado.

—Explícate —respondí.

Estaba a punto de explicarse cuando entró una joven aborigen con una pila de papeles. Era una secretaria, una

ondulante muchacha de tez morena que usaba un vestido marrón de punto. Sonrió y exclamó:

—¡Hola, Ark! —Pero su sonrisa se desvaneció cuando vio a un extraño.

Arkadi bajó la voz. Me había advertido anteriormente que los aborígenes odian oír cómo los blancos discuten sus «negocios».

—Éste es un *Pom*, un inglés —informó a la secretaria—, un *Pom* llamado Bruce.

La chica soltó una risita desconfiada, dejó caer los papeles sobre la mesa y salió disparada hacia la puerta.

—Vamos a tomar un café —dijo Arkadi.

De modo que fuimos a una cafetería de Todd Street.

## Dos

En mi infancia nunca oí la palabra *Australia* sin evocar los vahos del inhalador del eucalipto y un país interminablemente rojo poblado por ovejas.

A mi padre le encantaba contar, y a nosotros oír, la historia del millonario australiano propietario de un criadero de ovejas que entró en una sala de exposición de la firma Rolls-Royce, en Londres, miró con desprecio todos los modelos menores, eligió una inmensa limusina con un panel de vidrio que separaba al chófer de los pasajeros y añadió con tono petulante, mientras contaba el dinero: «Esto impedirá que las ovejas resoplen sobre mi nuca».

También sabía, gracias a mi tía abuela Ruth, que Australia era el país de la gente que vivía cabeza abajo. Un agujero perforado rectamente a través de la tierra desde Inglaterra les reventaría bajo los pies.

—¿Por qué no se caen al espacio? —le pregunté.

—La fuerza de gravedad —susurró.

En su biblioteca tenía un libro sobre el continente, y yo ojeaba pasmado las fotos del koala y el martín cazador, del ornitorrinco y el lobo de Tasmania, del viejo canguro y el perro «dingo» amarillo, y del puente de la bahía de Sidney.

Pero mi foto preferida mostraba a una familia aborígen en marcha. Eran individuos esbeltos y angulosos, y andaban desnudos. Su piel era muy negra, no con el negro brillante de los africanos sino con un negro opaco, como si el sol hubiera absorbido toda posibilidad de reflejo. El hom-

bre lucía una larga barba bífida y empuñaba una o dos lanzas y un dispositivo para arrojarlas. La mujer cargaba una bolsa con chucherías y un bebé adosado al pecho. Un crío caminaba junto a ellos... y yo me identificaba con él.

Recuerdo la fantástica carencia de hogar de mis primeros cinco años. Mi padre estaba en la Armada, en el mar. Mi madre y yo íbamos y veníamos, en los ferrocarriles de aquella Inglaterra en guerra, para visitar a familiares y amigos.

Toda la frenética agitación de la época se me contagió: el silbido del vapor en una estación envuelta en niebla; el doble chasquido metálico de las puertas que se cerraban; el estruendo de los aviones, los reflectores, las sirenas; la melodía de una armónica a lo largo de un andén poblado de soldados dormidos.

El hogar, si lo había, era una sólida maleta negra llamada el Rev Robe, en la cual había un rincón para mis ropas y mi máscara antigás con las facciones del ratón Mickey. Sabía que, cuando empezaran a caer las bombas, podría acurrucarme dentro del Rev Robe y ponerme a salvo.

A veces pasaba meses en compañía de mis dos tías abuelas, en su casa con galería abierta situada detrás de la iglesia de Stratford-on-Avon. Eran viejas solteras.

La tía Katie era pintora y había viajado. En París había asistido a una fiesta muy licenciosa en el estudio de Kees van Dongen. En Capri había visto el bombín de un tal Uliánov que acostumbraba a pasearse a lo largo de la Piccola Marina.

La tía Ruth había viajado una sola vez en su vida, a Flandes, para depositar una corona de flores en la tumba de un ser querido. Poseía un temperamento sencillo, confiado. Sus mejillas tenían un color rosa pálido y podía ruborizarse tan dulce e inocentemente como una jovencita. Era muy sorda, y yo tenía que gritar dentro de su audífono, que parecía una radio portátil. Junto a su cama conservaba la fotografía de su sobrino favorito, mi padre, que miraba serena-

mente desde abajo de la visera de charol de su gorra de oficial de la Marina.

Los hombres de la rama paterna de mi familia eran ciudadanos fiables y sedentarios —abogados, arquitectos, anticuarios— o vagabundos que corrían en pos de nuevos horizontes y que habían dispersado sus huesos por todos los rincones de la tierra: el primo Charlie en la Patagonia; el tío Victor en un yacimiento aurífero de Yukon; el tío Robert en un puerto oriental; el tío Desmond, el de la larga melena rubia, que se había desvanecido en París sin dejar rastros; el tío Walter, que había muerto, recitando los suras del glorioso Corán, en un hospital de El Cairo para santones.

A veces, oía por casualidad cómo mis tías discutían aquellas vidas malogradas, y tía Ruth me abrazaba, como si quisiera disuadirme de seguir sus pasos. Sin embargo, a juzgar por la forma en que paladeaba palabras tales como *Xanadú*, o *Samarcanda*, o frases como «el mar oscuro como vino», sospecho que ella también experimentaba la inquietud del «peregrino de corazón».

La casa estaba atestada de muebles engorrosos heredados de la época de los techos altos y la servidumbre numerosa. En el salón había cortinas con estampados de William Morris, un piano, un gabinete de porcelanas y un cuadro de pescadores de almejas pintado por A. E. Russell, un amigo de tía Katie.

Mi bien máspreciado, en aquella época, era una concha llamada Mona, que mi padre había traído de las Indias Occidentales. Yo pegaba mi cara contra la lustrosa vulva rosada y escuchaba el ruido de las olas.

Un día, después de que tía Katie me hubo mostrado una reproducción del *Nacimiento de Venus*, de Botticelli, rogué y rogué que una bella joven rubia surgiera súbitamente del interior de Mona.

Mi tía Ruth no me regañó nunca, excepto una vez, en una tarde de mayo de 1944, cuando oriné en el agua de la

bañera. Yo debí de ser uno de los últimos niños del mundo a los que amenazaron con el espectro de Bonaparte.

—Si vuelves a hacerlo —vociferó— Boney te llevará consigo.

Sabía cómo era Boney porque había visto su estatuilla de porcelana en el gabinete: botas negras, pantalones de montar blancos, botones dorados y un bicornio negro. Pero la imagen que tía Ruth dibujó para asustarme —versión de la que el amigo de su padre, Lawrence Alma Tadema, había dibujado para asustarla a ella cuando era niña— sólo mostraba el bicornio peludo montado sobre un par de piernas flacas.

Aquella noche, y durante las semanas siguientes, soñé que me encontraba con Boney en el camino pavimentado de la vicaría. Sus dos mitades se abrían como un bivalvo. Dentro, había hileras de colmillos negros y una masa de pelo negro azulado y duro, dentro de la cual me caía, y me despertaba gritando.

Los viernes, tía Ruth y yo caminábamos hasta la iglesia parroquial y la preparábamos para el oficio religioso del domingo. Ella lustraba los bronces, barría el sitial del coro, ponía el frontal y colocaba flores frescas en el altar, mientras yo trepaba al púlpito o entablaba conversaciones imaginarias con *Mr. Shakespeare*.

*Mr. Shakespeare* miraba desde su monumento funerario situado en el sector norte del presbiterio. Era un hombre calvo, con bigotes de guías enhiestas. Su mano izquierda descansaba sobre un rollo de papel, y la derecha empuñaba una pluma.

Yo me erigí en guardián y guía de su tumba, y cobraba tres peniques por recorrido a los soldados norteamericanos. Los primeros versos que aprendí de memoria fueron los cuatro grabados sobre su lápida:

Buen amigo, en nombre de Jesús, no permitas

que exhumen el polvo aquí encerrado,  
bendito sea el hombre que respete estas piedras  
y maldito el que remueva mis huesos.

Mucho tiempo después, en Hungría, adonde había ido a estudiar la arqueología de los nómadas, tuve la suerte de presenciar la apertura de la tumba de una «princesa» de los hunos. La joven yacía boca arriba, sobre un lecho de tierra negra, con los frágiles huesos cubiertos por una lluvia de placas de oro, en tanto que sobre su pecho descansaba, con las alas desplegadas, el esqueleto de un águila dorada.

Uno de los excavadores llamó a unas campesinas que recogían el heno en un campo próximo. Las mujeres dejaron caer sus rastrillos y se apiñaron alrededor de la tumba abierta, persignándose torpemente, como si quisieran decir: «Dejadla en paz. Dejadla con su amante. Dejadla a solas con Zeus».

«Maldito sea...», me pareció oírle clamar a *Mr. Shakespeare*, y por primera vez empecé a preguntarme si la arqueología misma no estaría condenada.

Siempre que teníamos buen tiempo en Stratford, por la tarde, tía Ruth y yo —y su cocker-spaniel Amber, que tiraba de la traílla— salíamos a recorrer lo que según decía ella había sido el trayecto favorito de *Mr. Shakespeare*. Partíamos de College Street, pasábamos frente al silo de granos y al burbujeante canal del molino, atravesábamos el Avon por el puente para peatones y seguíamos por el sendero que llevaba hasta Weir Brake.

Éste era un bosque de avellanos situado en un declive que se precipitaba al río. En primavera, allí florecían prímulas y campánulas. En verano era un matorral de ortigas, zarzas y lisimaquias purpúreas, al pie del cual discurría el agua lodosa.

Mi tía me aseguraba que aquél era el lugar adonde *Mr. Shakespeare* iba a «refocilarse» con una joven. Era la mismí-

sima orilla donde exhalaba su aroma el tomillo silvestre. Pero nunca me explicó lo que era «refocilarse», y por mucho que rebuscara no encontraba tomillo ni vellorita, aunque sí encontraba unas pocas violetas alicaídas.

Mucho más tarde, cuando leí las obras de Mr. Shakespeare y supe lo que era refocilarse, se me ocurrió pensar que Weir Brake era un lugar demasiado fangoso y espinoso para que Titania y Bottom se tendieran en él, aunque sí era perfecto para que Ofelia se zambullera.

A tía Ruth le encantaba leer a Shakespeare en voz alta, y en los días en que la hierba estaba seca, yo balanceaba las piernas sobre la margen del río y la oía recitar: «Si la música fuera el alimento del amor...», «La virtud de la misericordia no se excede...», o «A cinco brazas yace tu padre».

«A cinco brazas...» me alteraba espantosamente porque mi padre aún estaba en alta mar. Tenía otro sueño que se repetía: su barco se había hundido; a mí me crecían agallas y una cola de pez y nadaba bajo el agua para reunirme con él en el lecho del océano, y veía las perlas que habían sido sus brillantes ojos azules.

Uno o dos años después, para reemplazar a Mr. Shakespeare, mi tía empezó a traer consigo una antología de poemas especialmente escogidos para viajeros que se titulaba *The Open Road*. Estaba encuadrada en bucarán verde y lucía una bandada de golondrinas doradas sobre la cubierta.

Me gustaba contemplar las golondrinas. Cuando llegaban en primavera, sabía que mis pulmones no tardarían en despejarse de flema verde. En otoño, cuando se posaban a parlotear sobre los hilos de telégrafo, casi podía contar los días que me separaban del inhalador de eucalipto.

Dentro de *The Open Road* había guardas en blanco y negro, en el estilo de Aubrey Beardsley, que mostraban un sendero refulgente que serpenteaba entre bosques de pinos. Uno por uno, leímos todos los poemas del libro.